HA MUERTO EL POLITICO Y ESCRITOR DIONISIO RIDRUEJO

BIOGRAFIA Y PENSAMIENTO

Madrid, 30. (Especial para «La Vanguardia».) — Don Dionisio Ridruejo había nacido en Burgo de Osma (Soria) el 12 de octubre de 1912. Cursó estudios en el Real Colegio de María Cristina, en El Escorial, en 1933 obtuvo la licenciatura en Derecho por la Universidad de Madrid y en 1936 el título de periodista en la escuela del periódico «El Debate».

Poeta desde su juventud, desarrolló intensa vida política en el seno de la Falange a partir de 1936, siendo jefe provincial de Falange de Valladolid (1937), director general de Propaganda, consejero nacional y miembro de la Junta Política. Rompió con el ideario y la organización falangista en 1942.

Como escritor, ha cultivado el ensayo, especialmente el histórico-político, el teatro y el periodismo (fue corresponsal en Roma tres años), aunque ha destacado sobre todo en la poesía, en la que es considerado como uno de los grandes líricos españoles del segundo tercio de este siglo. La crítica, en general, ha reconocido en su obra perfección técnica, profundidad de pensamiento, un vasto campo poético y un verso sencillo y elegante.

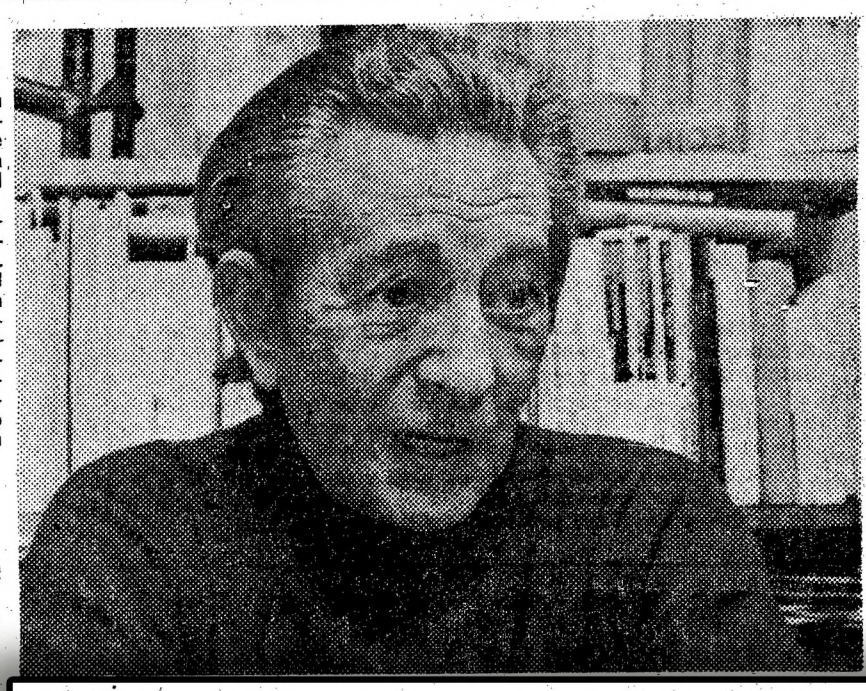
Dedicado también a la enseñanza, ha sido profesor del Instituto Español de Roma, profesor visitante y conferenciante en algunas universidades norteamericanas. Ha traducido y prestado asesoramiento técnico a diversas editoriales. Fundador y director de la revista «El Escorial», con Laín Entralgo, fue además director de Radio Intercontinental. Miembro de la «Spanish Society» de Nueva York y de otras entidades culturales, obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1950 por su obra «En once años» (antología de su obra poética). También ganó el Premio «Mariano de Cavia» en 1953 por su artículo «En los setenta años de don José Ortega y Gasset».

Don Dionisio Ridruejo se apartó en 1942 de la organización falangista y del Régimen. Tras unos años de silencio, reemprendió actividades políticas y fundó el ilegal partido socialdemócrata —luego Unión Social Demócrata Española— por lo que sufrió algunos procesos. Estuvo detenido unas horas a finales de noviembre del pasado año, a causa de su asistencia a una reunión celebrada en un despacho de la calle del Segre de Madrid.

En el homenaje que el 15 de abril se ofreció a don Dionisio Ridruejo con motivo de la publicación del segundo tomo de su libro «Guía de Castilla», el propio escritor pronunció un breve discurso en el que señaló que el homenaje lo aceptaba como una aspiración de todos a un ordenamiento político inspirado en la libertad y la justicia.

El futuro de la vida española —dijo también— no puede ser obra de un sólo grupo ni puede consistir en levantar, sobre la pasividad de los demás, una sola ideología, un solo programa, un solo interés, una sola bandera; los españoles podemos convivir y competir en libertad, sin matarnos unos a otros. Para ello es preciso que cada uno pueda ser quien es sin trampas ni disfraces. Pero hace falta además que el respeto de cada cual a la identidad ajena se relacione con una aspiración de cambio social que deseque pantanos, reduzca abismos, acorte diferencias de modo que todos nos sintamos de la misma manera dueños y acreedores del patrimonio común. Hay que disolver los residuos de esclavización —decía entonces el señor Ridruejo— que aún nos avergüenzan, rebajar las cotas de despilfarro que aún nos irritan, hacer posible que el reconocimiento del cada cual sea la misma cosa que la afirmación igualitaria del conjunto, exigencias de la justicia.

El extinto era partidario de una articulación de la libertad que alcanzara a los niveles personal, social político y económico. También propugnaba la democratización del poder, la garantía de la libre organización sindical y colegial de las fuerzas productivas, la unidad de jurisdicciones, la separación Iglesia-Estado, el reconocimiento práctico del hecho regional, la enseñanza gratuita, el control democrático de la planificación económica, el reconocimiento expreso del pluralismo político, la integración plena de España en Europa, etcétera.



CORRESPONSAL EN ROMA

Roma, 30. **(Crónica de nuestro redactor.)** — Hoy se impone el silencio sobre las cosas de Italia, sobre los complicados problemas políticos italianos, porque el espíritu del cronista se encuentra abrumado por la noticia de la muerte de Dionisio Ridruejo con quien, en años ya lejanos, hace un cuarto de siglo, compartió aquí, en Roma, las tareas de corresponsal. Yo no sé si ha muerto un gran político del futuro, pero sí sé que España ha perdido un gran poeta y yo un gran amigo.

El recuerdo no se remonta, sin embargo, solamente a aquellos años en que Dionisio Ridruejo fue corresponsal en Roma de la prensa del Movimiento, de Radio Nacional y de «Mundo», sino también a las visitas que después le hice en Madrid, en su casa de la calle de Ibiza, todavía vigilada, hace años, por la policía, y donde pude ver los cuadritos que había pintado durante una reciente detención en la cárcel de Carabanchel. Era el amigo que aquí, en Roma, nos había deleitado con su conversación aguda, con su amabilísima compañía, que en las «trattorie» y en las cervecerías o a la hora del aperitivo en Vía Veneto, con Martínez Tomás, García Serrano, con Alberto Crespo, con Luis González Alonso y conmigo, había puesto de manifiesto siempre su gran corazón, su gran ingenio, su inquietud de pensamiento, mientras en una Italia en plena reconstrucción maduraba su propia evolución política.

El, con los otros corresponsales, estuvo a mi lado toda una noche, hasta el amanecer, cuando mi segundo hijo, de menos de dos años, voló al cielo en una madrugada de abril, y su sensibilidad de poeta fue un sedante para mi desesperación. Y siempre, en todas partes, fue el compañero más fiel y el amigo más entrañable, felices todos de compartir con él aquellos años en los que la vida italiana resurgía con la fuerza de la laboriosidad y de la inteligencia de su ciudadanos.

Todavía recuerdo aquel bellísimo discurso que elogiando a Italia pronunció al final de un banquete que a un grupo de periodistas extranjeros nos ofreció en su casa cerca de Turín el conde Marone, ya fallecido, marido de la infanta doña Cristina de Borbón, en el que empezó aludiendo al caballito blanco que hace muchos años, no sé si todavía ahora, anunciaba en la Puerta del Sol, en Madrid, el vermut producido por los establecimientos suyos que acabábamos de visitar.

Se fue de Italia con dolor, porque la amaba, pensando ya seguramente en desarrollar en España las ideas políticas que aquí había ido madurando. Por eso, cuando unos amigos italianos me instaron para que le pidiera unos versos para la presentación de una revista, me los envió enseguida. Decían: «Hacia la luz, saliendo de los sienos - Evidente y mortal se extiende Italia - donde toda la tierra se hizo hombre - y en un jardín se carga la mirada - de toda la memoria, y ya parece - belleza al fin - la creación cerrada.»

Hoy lloran su muerte cuantos le conocieron, amigos y adversarios políticos, y en Italia la noticia de su desaparición prematura, cuando tal vez creía ya cercana la realización de sus ideas, ha causado profunda consternación entre cuantos le trataron personalmente o han seguido las vicisitudes de su vida atormentada, de soñador y político, de hombre cuya memoria será imperecedera por sus obras literarias y por sus nobles sentimientos humanos. — **Julio Moriones.**

OPINIONES

SEÑOR SERRANO SUÑER: «El país pierde un español con el más lúcido y crítico patriotismo»

«Pocas veces han coincidido con tanta prodigalidad como en Ridruejo la grandeza de alma, la fidelidad y la inteligencia. Frágil de cuerpo, de salud precaria fue siempre hombre de un temple y una dignidad moral indomables. No caben en unas líneas o en unas palabras las merecidas reflexiones sobre su personalidad y sus trayectorias políticas, ni tampoco sobre su personalidad y su obra literaria que otros, con mayor autoridad que yo analizara sin duda desde su fase juvenil con "plural" y otros poemas hasta su último libro por el que nos guía a través de los caminos y las tierras, ciudades, villas, monumentos e historia de su vieja Castilla. Yo pierdo el amigo más entrañable, mi mayor compañía, y el país, entre tanto mediocre encumbrado, tanto inauténtico, pierde un español con el más lúcido y crítico patriotismo.»

DON JOSE MARIA DE AREILZA: «Era un elemento importante de nuestra convivencia humana y civil»

«Dionisio Ridruejo era un espejo de lealtades. En primer lugar la lealtad a España. Después, la lealtad a sus convicciones y a sus amigos. Fue valeroso noble y enterizo. Arriesgó sus rectificaciones con hombría de castellano viejo. Pasó del rango de los privilegiados al batallón de los proscritos, cuando sólo facilidades y prebendas hubiera obtenido de su conformismo. Afrontó exilio, prisión y pobreza para hacer las paces con su conciencia. Y mantenía su convicción ética en lo alto como una bandera de limpieza moral.

Su poesía, su sentido poético de la vida, del paisaje y de la historia eran raíces inalterables de su carácter. Tenía el rasgo profético de los intuitivos y el aliento entusiasta de los anticipadores. Era un hombre d sueño y de fuego en el que las palabras se vertían en el cauce de la acción.

Dionisio era para muchos no sólo un amigo, no sólo un poeta, sino un elemento importante de nuestra convivencia humana y civil. Al desaparecer, se rompe con su muerte, un eslabón emocional y profundo de nuestra comunidad española.»

SEÑOR ARANGUREN: «Enseñó a comprender y querer a Cataluña»

«Fue un amigo muy querido, y, lo que importa más a los lectores de "La Vanguardia", un amigo que enseñó a muchos castellanos a comprender y querer a Cataluña. Entregó su vida entera a una noble causa que "por encima del acuerdo o del desacuerdos concretos" nos une a muchos. Su simpatía, su encanto personal vencían los prejuicios políticos adversos de quienes se acercaban a él. No sé de nadie que, habiéndole conocido, no quedase prendido en su amistad. Poseía singular talento literario y una gran perspicacia crítica. Fue generoso y dotado de gran capacidad de unión. Su muerte es una gran pérdida política y literaria para todos.»

SEÑOR RUIZ-GIMENEZ: «Ha muerto en paz con su conciencia»

«La impresión por la muerte ha sido para mí hondísima. En primer lugar, por ser un amigo entrañable. En segundo lugar, porque en estos dos últimos años, especialmente durante los últimos meses, los dos hemos hecho un gran esfuerzo de comprensión recíproca, de convergencia para hacer posible un cambio de estructuras sociales y políticas en nuestro país sin violencia. La falta de Dionisio la vamos a sentir muy grandemente. El ha muerto en paz con su conciencia que es, quizá, su primer epitafio. Todos sus amigos quisiéramos poder seguir su ejemplo».

SEÑOR PALLACH: «Deja un gran vacío»

«Conocí a Dionisio Ridruejo en el exilio, desde Munich, pero ya muchos años antes amigos comunes habían establecido entre nosotros contactos políticos que últimamente se habían estrechado más a fondo.

Ridruejo fue siempre un político apasionado y sincero, extraordinariamente lúcido en su actual esfuerzo para asegurar una transición pacífica a la sociedad democrática que necesitamos. Entendió como muchos políticos españoles los planteamientos que surgen de la realidad catalana, pero lo entendió porque su viva sensibilidad le llevó a conocer intensamente a nuestro pueblo, de la única manera que es posible hacerlo: sintiendo con nosotros, penetrando nuestra manera de ser, vivir y entender el común destino de los pueblos peninsulares. Deja un gran vacío en el campo democrático.

Era necesario ahora, en esta difícil época de cambio y lo hubiese sido para asegurar un cauce duradero en una sociedad que debe rehuir para siempre enfrentamientos y violencias.»

SEÑOR LAIN ENTRALGO: «Para mí era más que un hermano»

«Pocos españoles tan luminosos; ninguno más noble. Con Dionisio Ridruejo, todos los españoles hemos perdido al hombre que con mejor tino —claridad de cabeza, limpieza de corazón— podía coordinar la ambición de futuro de todos cuantos entre nosotros deseamos de verdad la libertad civil, la justicia social y la auténtica democracia. Pero, personalmente, yo he perdido algo más. Hace pocos días nos decía a mi mujer y a mí en la dedicatoria de una publicación suya: «Como hermanos». Y era verdad, y no era toda la verdad, porque para mí él era más que un hermano. Deshecha tengo el alma.»

DON ANTONIO DE SENILLOSA: «Era la generosidad misma»

«La noticia me llega de golpe, brutal y me alcanza muy en los hondos: Dionisio ha muerto. Aquel hombre brillante inteligente, atractivo, ágil mental, y formidable improvisador se ha ido diciéndonos pudorosamente que volvía enseguida para no molestarnos con una despedida triste. Dionisio detestaba la lágrima fácil, la rutina y la facilidad, amaba a las personas, las ideas y los objetos, disimulaba sus achaques y soportaba sus dolencias. Era convincente y seductor. Fue falangista por generosidad, dejó de serlo por generosidad, se hizo social-demócrata por generosidad, era la generosidad misma. Consiguió ser algo muy difícil: un político de acción al mismo tiempo que un intelectual y un poeta. Pasé con él algunas peripecias políticas y me admiró siempre su valor, su entereza, su sangre fría y su sentido del honor. La España que él y yo queríamos está de luto, aunque las banderas hoy no estén a media asta.»

SR. GARCIA LOPEZ: «Gran liberal de espíritu y actitudes»

«Protagonista y testigo de la gran tragedia nacional que fue nuestra guerra civil, su única obsesión era la de colaborar con su ejemplo y palabra a la reconciliación civil de los españoles que permitiera el restablecimiento de la democracia en España. Y ese intento fue más de la mitad de su vida, a través de procesos y cárceles que pudieron gastarle el cuerpo, pero nunca el ánimo.

Después de su gran aventura juvenil, época de las soluciones totales que terminó antes de sus 30 años, Ridruejo es un gran liberal de espíritu y actitudes, con una extrema sensibilidad social practicada cotidianamente en su modesto vivir, que le llevaba a posiciones mucho más profundas que la de muchos revolucionarios utópicos tan de moda.

Para él, el punto de llegada era claro: que después de dos siglos de fracaso, se hiciera la gran reforma que nos llevara a una España independiente, solidaria y auténticamente democrática y su convencimiento de que el protagonista, después de tanta espera sería la nueva izquierda que incluirá tanto a los hombres procedentes de la izquierda histórica como del cristianismo.

Yo diría que la esencia del ideario de Dionisio Ridruejo era la síntesis del socialismo democrático con el cristianismo libre.»

Sherlimp
española, s.a.
Limpieza de alfombras y moquetas
SISTEMA SHERLIMP
Telefono 870 22 00

La evolución de un espíritu pugnaz e inapeable

Sé que una amistad mantenida desde las aulas universitarias —más de nueve lustros, ya— habrá valido el perdon de Jose Maria Lladó Figueras cuando, a su llamada de ayer tarde para urgirme un parecer sobre la evolución de mi entrañable Dionisio Ridruejo (crei que a raiz de las sinceras y valientes declaraciones de éste que encabeza el último «Destino») opuse que una cosa es la conversacion andante, otra y distintas llevar a prensa una opinión. Mas cuando, en la misma conferencia, la voz de otro colega me enteró de lo que la piedad de José María Lladó callaba, a saber, la repentina muerte de Dionisio, ante tamaño trueno en cielo sereno se me vinieron al suelo los palos del sombrajo y ni acertaba a decir palabras. Tanto menos, a hilvanar las frases que urgían para el homenaje póstumo. Porque el dolor de amigo no dejaba el menor resquicio al periodista que soy. Y sólo me quedaba lamentar el mal servicio con que correspondía a la deferencia de los compañeros.

Han mediado unas horas, pasadas sólo como yo me sé, las bastantes para que haciendo de necesidad virtud me apreste, pues claro está que no hay escape, a dar el testimonio que bondadosamente me pedían. Libre hasta qué punto de pasión y de las servidumbres del presente dolor, es lo que está por ver.

He de remontar a los recios sonetos de corte quevedesco que, dispensados el año 35 en «El Debate» por mediación de Eugenio Montes, me trajeron la primera noticia de su nombre. Y al contraste, no mucho después, en nuestra guerra, cuando las actividades en Radio Verdad y en nutrido material en lenguas extranjeras con que abasteciamos a la incipiente Radio Nacional (sin más asidero, por entonces, que un camión de procedencia tudesca) y a otras emisoras de aquella zona, despertaban mal celados resquemores de prensa y propaganda de Falange y algún envión me valieron de consecuentes hedillistas, valgan Max Venero, Mauricio Karl o, más cauto, el propio Víctor de la Serna. El contraste, digo, con aquel Ridruejo falangista, en saltuarios viajes desde su jefatura vallisoletana, con una voz recia, restallante en su rotunda y axiomática elocución, desde aquel menudo cuerpo amasado sin una gota de agua en dura greda, curiosa correspondencia con el aire torpón, entre apocado y enfermizo. Y a seguido su espíritu pugnaz e inapeable, poco menos que los exabruptos del cura Yzurdiaga, cuando mi «italianismo» motivó que Montes y el conde de Rodezno me sumaran a la redacción del estatuto de la unificada F.E.T. y de las J.O.N.S. Lo demás, que al formarse los ministerios y ser Dionisio llamado a una dirección general, Xavier de Salas le diera mi nombre como el de alguien con ganada experiencia en el campo propagandístico, es algo que aquí no importa mayormente. Tanto más, que quien en aquel departamento se llevó el gato al agua fue Rivera de la Portilla con su germanismo.

Bueno; importa, sí, a los efectos de Ridruejo, que aquella oficina mía de Ocupación y Avance fue un semillero de catalanidad —con los Agustí, Vergés, Puig Brutau y más que dejo—, o lo que es lo mismo, un continuo pugnar por la apertura desde valores humanistas con escaso crédito entonces (y no digamos después, cuando los boletines victoriosos parecía monopolio germano). Efectos que habían de cimentarse en su ulterior estancia en Barcelona y en El Brull y, más tras la experiencia de la División Azul, cuando la renuncia a los cargos políticos vino de prólogo a su ostracismo; y del destierro en Ronda conseguimos traerlo residenciado a Cataluña, abrirle un portillo en este diario, convertirle en miembro activo de nuestra vida cultural. Una etapa felizmente subrayada por su casamiento con Gloria de Ros, paradigma de las mejores esencias del país.

Nada he menester decir de su papel en «Revista», de Alberto Puig, del diálogo con Carlos Riba, de los subsiguientes y mancomunadores congresos de poesía que llevó a buen puerto Santos Torroella. Sí, el Ridruejo catalán de elección nada tenía ya que ver con el mozo prendado ante la procesión de antorchas de Nuremberg, con el tribuno que alguien hamotejado —nosotros no, los de su departamento le llamábamos el príncipe, un italianismo al fin— de Goebbels castellano. Lo que va de su «Primer libro de amor», editado aquí, apenas acabada la guerra, al desengañado «Canto en el umbral de la madurez» que dio en «Entregas de poesía» al comenzar el 45. Y no importa de su continuo valedor, omnipotente incluso porque Dionisio contribuyó a granjearle la Falange que llamábamos dinástica, mantuviera —de la oportunidad de tal política no hago cuestión— el color internacional que aquí se llevaba. Ridruejo, no. Y el doctorado vino a continuación, cuando por quitárselo de entre los pies, y de tanta Cataluña, le mandaran de corresponsal a Italia. Por la prensa del Movimiento, verdad es. Lo que, vaya sólo de paso, le costó un primer desliz al enfrentarse clamorosamente con uno de nuestros políticos del exilio. Nada menos que en aquella pacífica extraterritorialidad, pareja a la vaticana, que siempre ha sido la sala de la Stampa Estera. Primero y último «desliz», no lo dudéis.

Porque la Roma en que recaló Dionisio muy pronto de la mano amiga del gran tipo humano que es Alberto Crespo, fue cabalmente la de aquel clima civil en que el cronista parlamentario del «Avanti!» de «L'Unità» incluso, intercambiaban informaciones con el colega «falangista», y ambos tomaban luego el camino del Giolitti donde Togliatti en persona les invitaba a helado. La de las cenas en el Lavatore con la vieja sabiduría romana de Luis González Alonso y su gente o en el Buco, la «trattoria» toscana donde recalan a la larga mesa escritores de todo color. Roma de las nocturnas tertulias en las redacciones del «Messaggero», «Il Tempo» y más «Il Risorgimiento Liberale», con aquella pléyade de grandes plumas templadas a la escuela del Longanesi de «Omnibus» y «Oggi» y que traían sobre la frente a los santos padres del liberalismo donde Benedetto Croce y don Ciccio Nitti: digo de los D'Annunzio, Benedetti, Flaiano, Gorresio, Savinio, Guerriero, Patti, De Feo, Accolti Gil. Roma, puerto de caminantes, y que también madre y maestra.

Esta fue la auténtica evolución de mi llorado amigo, su hombrecimiento completado en los tres años romanos. Lo demás, de un cuarto de siglo acá, es de general conocimiento. Y en lo que a mí toca está puntuado con las sentidas y largas dedicatorias de sus libros. «Los recuerdos de nuestros años de fraternal amistad —que duran siempre y siempre esperan— te los envío ahora», decía en cabeza de unas páginas «muy habladas contigo». O la otra, «con muchos abrazos pendientes» que recibí no ha mucho. Permitid que guarde para mí lo demás, en esta hora amarga que es, en cambio, para Dionisio, la del bien ganado descanso de su hombría de bien. — Juan Ramón MASOLIVER.